

El Rosario

Celebramos este mes, con toda la Iglesia la fiesta de la Virgen del Rosario. Es el aniversario de la victoria obtenida por los cristianos en la batalla naval de Lepanto, en 1571. Esta victoria se atribuye a la Sma. Virgen, invocada especialmente por la oración del Rosario.

Me parece que esta fiesta y este mes del Rosario quisieran animarnos a rezar más frecuentemente el Rosario. Nosotros como marianos, seguramente seremos amigos también de esta oración tan eficaz y experimentada durante los siglos. Y tal vez no haya una oración que da más alegría a nuestra Madre celestial. Por todo eso, vamos a reflexionar un poco, ahora, sobre el Rosario, su sentido y su riqueza para nuestra vida cristiana.

Cuando contemplamos los misterios del Rosario, vemos que en ellos van unidos los hitos de nuestra historia de salvación. Se dice que Santo Domingo inventó el Rosario. Quiso dar al pueblo un compendio de todo el Evangelio, un medio para meditar los misterios centrales de nuestra salvación.

Estos misterios nos muestran a María como Compañera y Ayudante de Cristo a lo largo de su vida.

En la hora de la Anunciación, María da su asentimiento para la encarnación de Jesucristo, y así queda unida con Él para siempre. Le acompaña y cuida durante toda su infancia y su vida oculta.

Pero María es también su compañera en los 3 años de su vida pública, aunque se mantenga más escondida. Finalmente lo acompaña hasta el pie de la cruz, sufriendo junto con Él.

Y rezándolo nos sentimos también enredados en esta vinculación perfecta entre Madre a Hijo. Y sabemos que es el gran anhelo de nuestra Madre celestial, conducirnos y llevarnos de la mano hacia su Hijo Jesucristo y el Dios Trino.

Rezar el Rosario así, es signo de nuestro amor a María, signo de nuestra vinculación con Ella y, por medio de Ella, con su Hijo Jesús. Meditando el Rosario, unimos los hechos agradables y tristes de nuestra propia vida con los misterios gozosos y dolorosos de la vida de Jesús y María.

Miguel Ángel, el famoso artista, pintó un cuadro famoso, llamado "el juicio final". Allí los bienaventurados son llevados hacia el cielo por medio de un Rosario. Mediante este símbolo, el pintor quiere decirnos que un amor fiel a la Sma. Virgen, tal como se manifiesta en el rezo del Rosario, nos garantiza la salvación eterna. En la vinculación profunda con Ella estamos siempre en camino hacia la Casa del Padre.

Rezar el Rosario no solo es signo de nuestro amor a María, sino también manifestación de nuestra confianza en Ella. Es la confianza de los hijos en su Madre. Conocemos el lema de San Bernardo: "*Un hijo de María no puede perderse nunca*".

Rezar el Rosario quiere ser, por último, expresión de nuestra gratitud. En general estamos mucho más prontos para pedir que para agradecer. Porque somos egoístas también en nuestro orar.

Meditar el Rosario nos inspira a dar las gracias por estos misterios de salvación, por nuestra vocación cristiana, por todos los regalos que Dios y María nos hacen en